

Los caminos de la investigación y mis geografías

The paths of research and my geographies

Amalia Inés Geraiges de Lemos

Departamento de Geografía
Universidade de São Paulo, Brasil
amain@usp.br

A la Prof. Elia Puppato, responsable de ser
geógrafa. *In memoriam*

“No tener raíces significa no tener en el mundo
un lugar reconocido y garantizado por los otros;
ser superfluo significa no pertenecer al mundo
de forma alguna”

Hannah Arendt

El pasado siempre presente

El retorno introspectivo a la vida rural

“Insensiblemente, el juego de las geografías se transforma en una ansiosa indagación. Y empezamos a repasar la ciudad, la nuestra, la mía...”, citando al poeta uruguayo Mario Benedetti, buscaré en mi memoria cómo, cuándo y dónde se iniciaron las geografías, mis geografías que orientaron mi vida en una búsqueda por alguna cosa más profunda, más amplia, más universal, en el diálogo constante entre el presente y el pasado que forman hoy mis contenidos y mi ser, mi relación entre el campo y la ciudad.

En la academia tuve que enfrentarme dos veces, como etapas de la vida intelectual, con quién soy, cómo soy, de dónde soy, mostrar quién era yo. La reflexión sobre mi existencia, me lleva a buscar las semillas, el fermento y las cualidades que determinaron las realizaciones que se hicieron concretas en los días actuales.

Como dice Ortega y Gasset, “yo soy yo y mis circunstancias” que se iniciaron con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, en un longinquo lugar al pie de la Cordillera de los Andes, en la Provincia de Mendoza (República Argentina).

Sarmiento escribe desde su exilio en Chile, en la segunda mitad del siglo XIX, “Recuerdos de Provincia” y dice “...son nada más lo que su título indica. He evocado mis reminiscencias...”, y yo, sin imaginar, tendré que volver sobre mí misma para recordar mi vida de provincia y evocar “mis circunstancias”.



Figura 1. Amalia Inés Geraiges de Lemos

Nací en un pequeño pueblo llamado Luján de Cuyo, que se localiza a 18 km de la Capital. Lugar entre lo rural y lo urbano, de una gran belleza pues desde allí se contemplan las nieves eternas de los cordones montañosos de la Cordillera de los Andes, una villa rodeada de agricultura de clima templado. Mis padres iniciaron su vida matrimonial en esa pacífica región. Dos años después se fueron a vivir al departamento de Rivadavia, donde se concentraba toda la familia tanto paterna como materna.

Por ello, Rivadavia es mi verdadero espacio de vida, ya que en ese municipio realicé toda la primera etapa de mi existencia hasta el ingreso en la Universidad. Considero como lugar, desde el punto de vista de mis geografías, aquel pedazo del espacio donde se iniciaron las experiencias de vida como ser social y “mis circunstancias”.

Rivadavia es un municipio localizado en la región Este de la Provincia de Mendoza, a 60 km de la Capital, en una desierta y arenosa planicie estructural y aluvial recortada por los dos ríos que forman el oasis norte de Mendoza: Mendoza y Tunuyán.

La organización espacial de estas tierras, fruto de los indios Huarpes y españoles en sus orígenes y posteriormente de los inmigrantes italianos, franceses, árabes y otros, en momentos posteriores, hicieron de este lugar uno de los territorios más prósperos del país.

La ciudad de Rivadavia, donde me crié, era una simple villa, con su Iglesia, su municipalidad y su plaza. En la década de 1940, el municipio tenía unos 24.500 habitantes. Su pequeña villa, con 12.000 pobladores, vivía de las relaciones que tenía con el campo que la circundaba. Grandes propiedades que no llegaban a ser latifundios, con viñedos, olivares, frutales de climas templados y una industria de frutas secas y vinos. Antiguos inmigrantes, especialmente italianos, Gargantini, Giol, Tittarelli, Catena, Lanzarini, y de origen francés como Dufau, Guillot, entre otros, eran los señores de la tierra y venían a la villa para comprar las mercaderías necesarias para desarrollar sus propias economías: kerosene, carbón, alimentos para los animales de tracción, harina, azúcar, café, entre otros. Mi abuelo materno era dueño del almacén más completo que existía para satisfacer las necesidades de la clientela no muy numerosa, pero de gran poder adquisitivo en la época. En ese cuadro, mi padre trabajaba con la pequeña empresa que tenía mi abuelo paterno. Era una distribuidora mayorista de quesos, fiambres, maní y otras mercaderías, que llegaban de Santa Fe y Córdoba, por vía férrea.

Cito aquí la descripción hecha por Rayner Gusberti, un escritor del lugar, que se refiere a Rivadavia diciendo “...es el esfuerzo del hombre que venció la naturaleza, que la hizo suya, a la fuerza del sacrificio, de la constancia y de la inteligencia...”

“La riqueza de Rivadavia es la riqueza verde, verde de pámpanos, de olivares, de frutales, de chacras y de pastos... el petróleo llegó de regalo”. “Rivadavia es un

diálogo de jornadas tras jornadas entre el hombre y la tierra, entre el hombre y el agua, entre el hombre y el sol...un diálogo que comienza con el amanecer y que termina cuando la noche le trae las estrellas...”

Esas consideraciones escritas por un hijo de italianos, que nació en el lugar del cual era apasionado, me llevan a recordar a mis abuelos. Libaneses, cristianos maronitas, que llegaron a fines del siglo XIX, mis padres nacieron argentinos. La cultura que debería ser la base de mi educación y la de mis tres hermanas menores estaba sustentada en algunos criterios que eran vitales: aprender a leer y escribir, aprender costura, saber cocinar y prepararnos para ser buenas esposas.

Mi mamá, proveniente de una familia de seis hermanos, era la única que no tenía un hijo hombre y esta situación pesó con rudeza en las tradiciones familiares, que valorizaban la existencia de los varones. Mi padre, aunque de familia de origen semejante, no le daba tanta importancia a la tradición.

De la realidad que presentamos, el papel que nuestra gran familia nos destinaba a las cuatro hermanas, era asistir a la escuela primaria y posteriormente procurar un marido con los mismos orígenes. Pues los inmigrantes intentan recrear, en su nueva patria, todos los contenidos culturales y simbólicos significativos de la tierra que tuvieron que abandonar, en este caso, por las frecuentes guerras con los turcos-otomanos.

Mi madre, preocupada porque yo comenzara a estudiar, me matriculó en el Jardín de Infancia del Colegio Casa de María, recientemente creado por monjas chilenas. Allí fui alfabetizada a los 5 años y, hasta terminar el primario, fui una alumna con muy buenas notas. Recuerdo con enorme agradecimiento a las Hermanas, pues se encargaron de mi formación primaria y religiosa, de 1943 a 1952. De esos años quedaron grandes recuerdos y algunos de mis criterios que dirigen mi vida hasta hoy.

A los 13 años comencé la escuela secundaria. No quería ser maestra, profesión muy frecuente en las mujeres que alcanzaban estudios superiores. Imitando a mis primos varones y contrariando a la gran familia fui a la Escuela de Comercio, apoyada por mi madre, ya que se ganaba mejor como secretaria que como maestra. La pobreza de una clase media baja era nuestra compañía. La lucha por mejorar las condiciones de vida, ambición constante de mi madre, me hizo estudiar todo lo que era posible en

Rivadavia. En las vacaciones, antes de comenzar la secundaria, me diplomé en dactilografía. Primer título que mucho orgullo le dio a mi madre.

En 1953 ingresé a la Escuela de Comercio de San Martín, a 18km de mi villa natal. Tuve que recorrer esa distancia en ómnibus, todos los días, hasta 1956 que egresé. Eran viajes llenos de gente y frecuentemente viajábamos de pie. Claro que eran solamente 18 km pero, en esa época, demoraban 40 minutos o más. En el camino a San Martín, en el Municipio de Junín, subían dos niñas más: Ana Ambrosio y Elia Puppato.

En esa época de auge del gobierno peronista, mi padre, como otros pequeños comerciantes y trabajadores, consiguió realizar algunos de sus sueños: la casa propia y la independencia en su trabajo. Ahora tenía donde vivir con su familia y su propio comercio que, siguiendo la tradición de mi abuelo, continuaba distribuyendo fiambres, quesos y otras mercaderías en el área rural del este de la provincia de Mendoza.

También para nosotras fueron tiempos diferentes, la ciudad de Rivadavia estaba siendo transformada poco a poco por el proceso de urbanización. En 1953, fue declarada ciudad con 18.000 habitantes y ya había teléfonos, líneas de ómnibus más asiduas a la ciudad de Mendoza, varios bancos, un comercio más desarrollado. Había en esos momentos una mayor circulación de información y ya comenzábamos a soñar con la ciudad grande y en especial con Buenos Aires.

Finalmente llegó el último año de la escuela secundaria. Uno de los momentos más difíciles de toda mi vida: tenía que buscar el camino a seguir. Pero en ese momento me enfrenté a dos caminos opuestos: el que quería elegir y el que me habían trazado.

Para la gran familia yo ya había conseguido prepararme para trabajar como secretaria, hasta que llegara el momento del casamiento... Pero yo soñaba con la Universidad, con nuevos conocimientos, colegas y circunstancias. El conflicto estaba creado. Nunca una mujer de la familia había ido a la universidad. Nunca había salido del lugar, de la residencia. ¡Peor aún! Yo debería ir a vivir a la capital de Mendoza, el padre pobre no podría pagar la pensión.

Los consejos de familia se reunían en la casa de mis abuelos maternos sin cesar. Mis padres sufrían las presiones familiares: ¡cómo dejar a una niña lejos de la casa y

todavía estudiando!”...estaban empujando a la hija a la vida fácil!... Yo lloraba, luchaba y resistía. El único apoyo era el de mi madre. Primera feminista que mis ojos conocieran, aunque ella no tuviera conciencia de esa actitud.

Una primera autorización para estudiar fue para ser farmacéutica, porque la farmacia podría estar en la casa y yo no tendría que dejar el hogar para trabajar. Llegué a matricularme en la ciudad de San Luis en los cursos de química de la Universidad de Cuyo. Después, a mi padre le pareció mejor que buscara carrera en Mendoza, era más cerca y tendría menos gastos.

Con la ida a la Universidad, después de tantas peleas, llanto y lucha, se producen las primeras rupturas con los patrones familiares, con el medio rural, con la vida del campo que tanto detestaba. ¡Adiós Rivadavia! Adiós vida tranquila. De ahí en adelante me convertí en una “mujer urbana”.

Mis geografías se irían extendiendo cada vez más. Nuevos espacios comenzaron a poblar mi imaginación y mi pensamiento. En esta fase se inculcaron en mí el constante deseo de aprender hasta el fin de la vida.

Aquí también hago mi agradecimiento muy especial a mi primo Víctor José Llaver, que me dio todo el apoyo moral en “mi lucha familiar” y me prestó el dinero para llegar y vivir el primer año en la ciudad e iniciar una nueva vida.

Después tuve que elegir cuál sería mi opción, entre todas las carreras que existían en la ciudad de Mendoza. La casualidad me llevó a las humanidades y... a la Geografía. Un día de marzo de 1957, mi madre y yo fuimos a la ciudad para ver, en la Facultad de Filosofía y Letras, qué podría estudiar. Subiendo por la calle Las Heras, donde quedaba la Facultad, en un encuentro casual con la amiga y compañera de la Escuela de Comercio, Elia Puppato me dijo: “Vengo de la Facultad, en Las Heras 430, me acabo de inscribir en Humanidades, en Geografía, ¡dicen que se viaja mucho! ¿Vamos juntas?”

El retorno introspectivo a mi formación

Así iniciamos juntas nuestras clases en una bella casa que debía haber pertenecido a algún gran propietario mendocino del comienzo del siglo XX. La Facultad había adaptado la mansión a sus necesidades y el salón noble debía haber sido probablemente el

comedor de la casa. El corredor central estaba empapelado con representaciones de áreas de intensa vegetación y pájaros de bellos plumajes. La casa tenía dos plantas. En las habitaciones del primer piso, se daban las clases de todas las disciplinas, de mañana los idiomas, en las tardes las literaturas y filosofía y, de 17 a 21, las clases de Historia y Geografía. También las Pedagogías y Didácticas. En primer año tuvimos clases de Introducción a la Filosofía, a la Literatura y a la Historia, latín y griego.

Aparte de escuchar y estudiar materias, que creo nunca supe que existían, tuve que aprender a tener vivencias de ciudad. El primer año de la Facultad fue muy difícil. Mendoza debía tener alrededor de 350.000 habitantes y nosotras no sabíamos atravesar las calles, ni subir al tranvía, ni tomar ómnibus. Teníamos que ir al restaurante estudiantil, a la Facultad pero, ante todo, buscar un trabajo. Un proceso de adaptación a un nuevo espacio, otros paisajes, su color, sus ruidos, sus dinamismos. Se inician en esas vivencias las primeras clases de Geografía Urbana Empírica.

En el segundo año, el primer contacto con la Geografía y el conocimiento de aquellos profesores que estarían en nuestras vidas por cinco años. El Prof. Osvaldo Inchauspe, Historia del Pensamiento Geográfico; Martín Pérez y Matilde Velasco, Geografía Argentina; Ricardo Capitanelli, Geomorfología y Climatología I y II; Mariano Zamorano, Geografía Humana I y II, Figuras 2 y 3. Tuvimos también una gran cantidad de profesores franceses y latinoamericanos que frecuentaban el Instituto de Geografía y la Facultad. Menciono aquí a George Viers, Henri Enjalbert, Pierre George, Romain Gaignard, entre otros.

Cuando comenzamos primer año, aún no existía la separación de la disciplina Geografía. Entonces, los alumnos de todas las especialidades compartíamos las diferentes clases de Didáctica, Sociología, Historia del Pensamiento Argentino, entre otras, y participábamos de los movimientos universitarios, las huelgas, en fin, todo lo que significaba nuestra vida universitaria.

Las “campesinas” de la zona Este vivimos en pensiones hasta enero de 1963, cuando Elia Puppato se casó y yo obtuve una beca al exterior. Nuestra gran amistad, que nunca tuvo diferencias mayores, perduró hasta su fallecimiento en 2019. Perdí una hermana muy querida y mi gran compañera de estudios y de la vida urbana.



Figura 2. Foto tomada en el Campo Histórico El Plumerillo, Las Heras, en 1960. En el centro de la foto se observa al Prof. Martín Pérez, yo me encuentro a su izquierda, nos acompañan otros docentes y el chofer de la Facultad.



Figura 3. Foto tomada en el Parque General San Martín en 1958. En ella se visualizan de derecha a izquierda de la foto: Elia Puppato, Ricardo Capitanelli, Gladys Moreira, Mariano Zamorano y yo (Amalia Inés).

¿Cómo pensar mi situación de investigadora? Formada en la denominada Geografía Tradicional, comencé a integrar la extensa producción latinoamericana que estaba comprometida con el conocimiento de los territorios que la componen. De base francesa y con énfasis en el trabajo de campo, sin preocupación por la teoría y teniendo la observación directa como punto de partida de la investigación. La experiencia era esencial para el conocimiento. Este conocimiento se realizaba en 4 etapas: observar, describir, interpretar y concluir.

En cuarto año, por requerimiento de un trabajo de campo, fuimos Elia Puppato y yo a hacer una investigación en calle Rioja. Era un relevamiento funcional para representar las transformaciones que estaba sufriendo la arteria, dado que las casas estaban adoptando nuevas funciones, dejando las antiguas en el recuerdo.

¿Cuáles eran los caminos metodológicos que debíamos seguir? En primer lugar, la observación y la descripción, de las cuales dependían la localización y la situación. Luego, establecer las funciones urbanas y sus relaciones para encontrar la comparación. Esta última etapa del método era muy importante, porque le daba al conocimiento su calidad de ciencia.

Con esta formación teórica, cuando terminó el curso, tuve que hacer dos trabajos de investigación: uno de Geografía Económica y el otro de Geografía Agraria. El segundo fue presentado en la XXV Semana de Geografía, en la ciudad de Salta (Argentina), organizada por la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos -GAEA- con el que gané el primer premio "Romualdo Ardisson". Título: La Colonia Toyohara, La Paz (Mendoza); trabajo publicado en el Boletín de Estudios Geográficos del Instituto de Geografía, Universidad de Cuyo, n. 37, vol. IX, oct.-dic. 1962. Este premio me convertía en una investigadora dentro de lo que llamaríamos Geografía Posibilista Tradicional de visión francesa.

Los dos últimos años tuve como profesor a Romain Gaignard. Además de recibir clases con una nueva visión teórica -Geografía Tradicional pero con un contenido más historicista, que definíamos como Renovada-, me fue conquistando para que me presentara a una beca para Bordeaux en Francia. Mis condiciones económicas no lo permitían. En ese mismo período ya estaba trabajando como Auxiliar Alumno en el Instituto de Geografía, cargo conseguido por concurso, importantísimo para mi

formación. Este trabajo exigía ayudar a la bibliotecaria a fichar y organizar las revistas y libros que allí llegaban y, especialmente, me permitía convivir con los profesores y con varios idiomas, que diariamente llegaban con las publicaciones.

En ese mismo tiempo, llegó al Instituto de Geografía una becaria de São Paulo (Brasil), de la Organización de Estados Americanos (OEA), María Luiza Lacerda. El tiempo que estuvo entre nosotros, aparte de la amistad que sembramos que dura hasta hoy, influyó para mi candidatura a una beca de esa institución.

En noviembre de 1964, recibí una Beca de la Organización de Estados Americanos, para estudiar y ser investigadora en Geografía Urbana en el Departamento de Geografía de la Universidad de São Paulo (Brasil) período 1964-1966.

La llegada a São Paulo (Brasil)

Siguiendo siempre el pensamiento del poeta uruguayo Mario Benedetti, comenzaré a narrar mis vivencias de nuevos tiempos y nuevos espacios.

El avión de VARIG, el mejor de la época, aterrizó en el aeropuerto de Viracopos, en Campinas, a 90 km de la ciudad de São Paulo. Era la medianoche del 19 de noviembre, yo no tenía la más mínima idea de dónde estaba ni dónde quedaba. Cuando todo el mundo salió del aeropuerto y yo estaba sola, un industrial, que había conocido en el viaje, mi compañero de asiento, que me propuso empleo durante el camino porque necesitaba una secretaria bilingüe (yo apenas conocía algunas palabras de portugués), ofreció traerme a la ciudad de São Paulo. Acepté y luego de un viaje de una hora en una camioneta con 5 personas, llegamos a la ciudad. Me llevaron a un hotel de 5 estrellas, súper lujoso, pero yo no tenía tanto dinero para pagarlo. Él pensaba que, como había viajado en un avión lujoso y era becaria de la OEA, debía tener fondos para un hotel, de “mi categoría”. Gracias a Dios no tenían lugar y me llevaron a otro de 4 estrellas. De cualquier manera, demasiado caro para mis exiguos recursos en esa época. Agradecí la amabilidad y cuando supe realmente donde había llegado, me sentí más agradecida todavía. Al día siguiente, fui a buscar a una prima de mi padre y a la profesora María Luiza Lacerda que había conocido en Mendoza, responsable de mi beca en São Paulo, para resolver el problema inmediato del dinero. Al segundo día, fuimos a la Universidad para recibir los cheques de la

OEA, para pagar mis primeras deudas internacionales. ¡Apenas había llegado y ya tenía deudas!

En la semana siguiente me presenté en el Departamento de Geografía al Director del mismo, Prof. Dr. Aroldo de Azevedo, catedrático de Geografía del Brasil quien me encaminó al Prof. Dr. Ary França, catedrático de Geografía Humana. Me recibieron con mucha atención y cariño, aún no era muy frecuente recibir alumnos extranjeros en intercambio y yo era la primera y única. Él había estado de beca en Francia con Max Sorre y tenía una sólida amistad con el famoso geógrafo francés. El Prof. Ary me dijo que aquí estaban de vacaciones, que podría aprovechar para viajar, conocer un poco el Brasil e irme adaptando y aprendiendo bien el idioma. También me recomendó que no me quedara en la Ciudad Universitaria porque estaba completamente vacía.

Comencé por conocer un poco de São Paulo, los barrios más centrales, porque es tan grande que aún hoy no la conozco entera. Para Navidad, conocí las playas del litoral paulista: Santos, Cubatão, Guarujá, Praia Grande, Peruiba e Itanhaém, localizadas de 80 a 100 km de São Paulo. En enero de 1965 tomé una excursión que me llevó a Rio de Janeiro, Belo Horizonte y las ciudades históricas del ciclo del oro, Ouro Preto, Mariana, São João del Rey, Tiradentes, Sabará y otras cercanas, todas en Minas Gerais. Maravillada por la riqueza del barroco minero y la magnitud de la existencia del oro en el Brasil del siglo XVII, seguimos viaje para conocer Brasilia.

Ésta se había inaugurado en abril de 1961 y ahí me dije “Qué bello cuadro ¿y la población?” Poco a poco fui descubriendo, en la medida que fui entrando en la periferia de Brasilia, las ciudades satélites: Bandeirantes, Ceilandia, Taubatinga, que eran las únicas que existían en esos momentos, construidas por los propios obreros llamados “candongos”. En el centro de Brasilia, ya existían los edificios más importantes, sedes del gobierno nacional, pero estaban siendo ocupados con muchas dificultades, incluyendo la Catedral. Como era enero no había gente trabajando, entonces me pareció un bello paisaje de la arquitectura modernista, sin habitantes. Posteriormente supe que costó mucho trasladar a todos los funcionarios del gobierno federal de Rio de Janeiro a la meseta central árida y despoblada. Además, tan solo estaban construidos los edificios públicos y aún no se habían

levantado las residencias. Incluso, en el proyecto de los famosos arquitectos Lucio Costa y Oscar Niemayer, no se incluían residencias para las clases de menor poder adquisitivo.

En febrero fui a conocer el carnaval en la ciudad de Santos y en marzo comenzaron las clases. En ese período de noviembre hasta el comienzo de las clases, fui a vivir en un barrio llamado Aclimação, en la casa de parientes de los abuelos paternos. Desde allí comencé a tomar conocimiento de esa nueva realidad llamada metrópolis. Esos parientes, de los cuales había escuchado hablar a mi abuela, tenían un buen pasar económico, eran dueños de industrias textiles y vivían en un barrio de clase media alta.

Cuando salí de Argentina, casi no conocí Buenos Aires, donde permanecí dos días para hacer trámites en el Consulado del Brasil. Estaba comenzando el proceso de urbanizarme a partir de Mendoza y lo asumí totalmente al elegir São Paulo para continuar mi vida. Rivadavia ya había quedado demasiado lejos.

Desde el punto de apoyo que era la casa de mis tíos, cada día tomaba un ómnibus o un tranvía y fui descubriendo la Praça da Sé, kilómetro cero de la ciudad, el parque Vale de Anhangabaú, el Viaducto do Chã que atravesaba para llegar a los famosos Almacenes Mappin y a la calle Barão de Itapetininga, centro antiguo de la ciudad, lleno de historia desde la fundación hasta la época de oro del café. En esos viajes a diversas partes de la ciudad, al mismo tiempo que iba creciendo mi admiración por la metrópoli paulistana, fui tomando conocimiento de una realidad que me era desconocida: la miseria. Los mendigos del Viaducto do Chã, los niños y las mujeres pidiendo limosna todo el tiempo a mi alrededor, me hicieron entrar en una profunda crisis que me llevó a pensar seriamente si estudiar en la USP era lo que deseaba.

Eran los años de 1960 y los vientos de cambio originados en Europa y en los Estados Unidos, así como la Revolución Cubana, me habían tocado y transformado vía la Juventud Universitaria Católica (JUC) y los movimientos estudiantiles de la Universidad de Cuyo. Sin embargo, el contacto con la cruda realidad que São Paulo me tiraba en la cara, me traían una angustia y una actitud crítica profunda frente a nuestra situación latinoamericana en ese final de 1964.

Finalmente, el 8 de marzo de 1965 se iniciaron las clases, con una conferencia magistral del Prof. Dr. Fernando Henrique Cardoso, quien acababa de defender la cátedra. Ese mismo día fui a residir en el Conjunto Residencial de la Universidad de São Paulo (CRUSP). Lugar muy agradable, con departamentos para 3 personas, los edificios se identificaban por letras. Yo vivía en el F que era para los alumnos que estábamos en especialización. Era frecuentado y residían en él alumnos que venían desde la región amazónica hasta Rio Grande del Sur. Yo era la única argentina, también vivía en el edificio un sacerdote belga que era profesor en la politécnica y un profesor francés que daba clases en el Departamento de Geografía. En el departamento, que era relativamente grande, convivía con una dentista pernambucana y una abogada de Alagoas.

Este fue un hecho muy importante en el período de beca, porque yo comencé a participar activamente de la vida estudiantil y académica que existía en el Campus de la USP. En el gran restaurant hacíamos todas las comidas. Alrededor de él había una gran sala con un único TV blanco y negro donde nos reuníamos después de la cena a escuchar las noticias y a discutir lo que oíamos. La residencia estudiantil estaba localizada muy cerca del Departamento de Geografía y permitía llegar a pie, aunque también pasaba un ómnibus que recorría el enorme espacio de la Ciudad Universitaria. La misma se estaba construyendo, pero la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras, como se llamó hasta la reforma de 1968, ya estaba localizada en ese lugar.

En ese tiempo ya hablaba y entendía muy bien el portugués. Comencé a leer los libros que me habían regalado los profesores del Departamento, hoy clásicos de la geografía paulista: A Baixada Santista, de José Ribeiro de Araujo Filho; O Homem Paulista, de Pasquale Petrone; Sitios e Sítiantes, de Nice Lecocq Müller; Embriões de Cidades Brasileiras, de Aroldo de Azevedo; y otros que sería largo de escribir. También, mientras no comenzaban las clases, leí libros de otros autores como Pierre Monbeig, Pedro Pinchas Geiger, Orlando Valverde y Manuel Correia de Andrade que me permitieron ir tomando conocimiento de la Geografía Brasileña.

Durante el primer semestre de 1965, el Prof. Ary França, me llamó para hablar sobre la investigación y me dijo, “Por qué no estudia la ciudad Cotia, es un buen ejemplo

de estudios urbanos”. Acepté aunque no sabía ni dónde quedaba ese lugar, pero quería comenzar a hacer investigación en Geografía Urbana. El Prof. Ary llamó al Prof. Manoel Gonçalves Seabra, que era asistente de la Cátedra y le solicitó que me acompañara y “me presentara” Cotia. Este municipio, localizado a 21 Km al oeste del centro de la capital, forma la zona del Gran São Paulo. Estaba comenzando el gran proceso de urbanización que formaría la metrópolis en la década de 1960-70. São Paulo recibía, en aquel entonces, 300 mil inmigrantes nacionales por año que tenían que instalarse donde sus escasos recursos les permitiesen. Se localizaban en ex-tierras agrícolas y en terrenos difíciles de habitar. Mis experiencias en esas áreas, que yo no conocía en Mendoza ni muchos menos en Rivadavia, me dejaron totalmente impresionada. Cuando retorné a Mendoza, en julio de 1966, solamente había realizado la carta de ocupación de la parte urbana, fruto de la interpretación de fotografías aéreas, y algunas visitas a la calle principal. Estaba empezando a buscar la bibliografía que me permitiera llegar al proceso de formación de la ciudad que en esos momentos no tenía más de 500 a 800 habitantes.

En ese primer semestre, de marzo a junio de 1965, frecuenté con intensidad todos los cursos que se ofrecían. Las materias eran anuales y no existía el posgrado. De ese período tengo especial recuerdo del curso de Geografía Política, del profesor Pasquale Petrone. También fue muy interesante el curso de Geografía Urbana con el Profesor Ary França. Fue con él que escuché mencionar por primera vez los conceptos de “estructura urbana” y de “clima urbano”.

Aunque pensaba que no eran muy importantes para mí, porque yo volvería a la Argentina, me gustaron mucho los cursos sobre Los paisajes del Café, dictado por el Profesor José Ribeiro de Araujo Filho y sobre Brasil del Sudeste, con Luis de Melo, pero mi interés y curiosidad lo exigían. Con todos estos profesores tuve una amistad muy grande hasta el día de sus muertes. También participé de cursos de Geomorfología, dictado por Aziz Ab’Saber y de Climatología por Carlos Augusto de Figueiredo Monteiro, como de Cartografía del profesor francés Andrés Liboault. ¡Eran tantas las clases y no quería perderme ninguna!

En esas circunstancias también hice gran amistad con dos jóvenes profesores: Maria Cecilia França, quien me invitó a dar una clase sobre la “Organización agraria de la

provincia de Mendoza”. Igual invitación me hizo el profesor Augusto Vairo Titarelli, quien me llevó a la ciudad de Sorocaba, donde él era Profesor. Ambos colegas quedaron muy entusiasmados por conocer Mendoza.

Inolvidable el viaje que realizamos, organizado por el centro de estudiantes que era presidido por el hoy Prof. Dr. Francisco Capuano Scarlato, gran amigo, y dirigidos por el catedrático de Geografía Humana, Pasquale Petrone con la compañía del Prof. Manoel Gonçalves Seabra. Fuimos a la cuenca carbonífera y a las áreas de agricultura vitivinícola de Santa Catarina, así como las áreas de colonización alemanas. Las explicaciones de los profesores fueron de una riqueza inolvidable. Fue la primera vez que dejaron entrar mujeres a las minas de carbón. También conocimos las ciudades industriales, de origen germano como Blumenau y otras importantes del valle de Itajaí.

En el comienzo del mes de julio hicimos con una compañera geógrafa, descendiente de japoneses, un viaje a Bahía. La ciudad de Salvador, con una riqueza arquitectónica impresionante, fue la primera capital de la conquista portuguesa en Brasil y es referencia de toda la cultura de los esclavos negros.

Al retorno de Bahía, junto a mi compañera, Prof. Dra. Satie Mizubuti, fuimos a participar de un Congreso de la Unión Geográfica Internacional –UGI- en Rio de Janeiro. Allí me encontré con el Prof. Dr. Mariano Zamorano. Fue una enorme alegría verlo, no solo por ser un profesor querido, sino también porque era la presencia de alguien conocido de mi tierra. El Prof. Zamorano estaba acompañado de Pierre Deffontaines y Pierre Monbeig, ambos grandes geógrafos franceses, a quienes me presenté haciendo varios elogios. Pasamos la semana del Congreso juntos y también hicimos varios viajes, organizados por la comisión de los geógrafos cariocas. Conocimos varias plantas elaboradoras de comestibles y, por primera vez para mí, la presencia en el paisaje de varias favelas, existentes en los alrededores de los espacios visitados. No recuerdo si él ya las había visto.

En el segundo semestre de 1965, hicimos el viaje a Ceará con el equipo de investigación del Prof. Petrone. Inolvidables las ciudades de Crato y Juazeiro do Norte. En ese viaje, en ómnibus de larga distancia, tres días y tres noches dentro del

vehículo, con las comidas más raras y diferentes que yo había visto en mi vida, con los pobres pidiendo limosna cuando parábamos para abastecernos, sin baños, fue realmente una prueba de que queríamos ser investigadores y aprender e interpretar la realidad que estábamos viviendo. Estaban con nosotros Mario De Biasi (cartógrafo), Manoel G. Seabra, Satie Mizubuti y Eduardo Passera. Fuimos a estudiar las ferias nordestinas. Allí aprendí lo que era hacer una investigación profunda, con fichas y entrevistas. Recién en las noches, nos reuníamos para compartir lo que habíamos realizado en el día.

Continuaba asistiendo a las clases y un día el profesor Aziz Ab'Saber, un gran geomorfológico brasileño a quien había conocido en Mendoza invitado por el Prof. Capitanelli, me dijo: “no se quede escuchando tantas clases, viaje, viaje, porque no sabe si volverá al Brasil. Es muy importante conocer *in situ*”. Yo respondí: “sí profesor, estoy viajando mucho!”.

Al final del año 1965, la noche de Año Nuevo, estábamos con seis colegas de la ciudad universitaria y Maria Luiza Lacerda, festejando en la margen del Río Amazonas, en la ciudad de Manaus, invitados por el gobernador. Pasamos 10 días en esa ciudad, investigando el puerto y el papel de sus actividades en la vida de Manaus y sus alrededores. En ese viaje, además, entramos en la selva, en el río y en los igarapés (arroyos que se forman con las lluvias del lugar). Luego volvimos a Belén, en la desembocadura del Amazonas, recorrimos la ciudad y los centros de investigación. A partir de allí, sobrevolamos el gran río y fuimos a Amapá, y de esa pequeña ciudad, al lugar donde está instalado el monolito que representa el paralelo de 0 grado, o sea la línea ecuatorial. Me parecía increíble estar pisando el hemisferio norte y el hemisferio sur, al mismo tiempo.

Todas estas experiencias fueron muy impactantes y su recuerdo, al día de hoy, me produce mucha emoción. El tamaño de los animales, (mosquitos, arañas, cuervos, bellas mariposas de colores, lagartijas y otros), las comidas súper diferentes, los paisajes, los espacios, las personas. Incluso nos buscaban porque nunca habían visto una argentina y una japonesa. Además, como éramos estudiantes de la USP, nos recibían como “personas distinguidas”.

Mi beca terminaba en julio de 1966. El Prof. Ary França quería prorrogarla por otro año más, pero no acepté. Tenía mucha nostalgia y el régimen militar hacía frecuentes ingresos en la Universidad, con tanques y bombas. Teníamos un solo teléfono que nos comunicaba con la ciudad de São Paulo, que los uniformados cortaban cuando invadían. La inseguridad era muy pesada.

Volví a Mendoza a finales de julio de ese año, feliz por la gran experiencia que llevaba, pero muy triste porque estaba dejando amigos, profesores y colegas y una persona especial con la cual me había relacionado...

Realmente con tantos trabajos de campo realizados, me había convertido en una investigadora en Geografía urbana, lo cual me hacía muy feliz.

Toda la Geografía que había estudiado en Mendoza y en São Paulo se sustentaba en tres principios que estaban en la Geografía Física de De Martonne o, mejor, en los criterios de la Geografía Francesa: la localización, la extensión y la analogía o comparación. En la Geografía Posibilista de Vidal de la Blache, la localización/extensión permitía al estudio de las ciudades tener su base frente a la opción naturalista que precisaba nuestra disciplina para sustentar su identidad.

Hoy, pienso que toda la metodología que orientaba la Geografía de esa época, sufría la necesidad de pasar del discurso a formular conceptos que le permitieran la comprensión de la totalidad de lo real. Nuestra disciplina vivía la necesidad de buscar su objeto de estudio. En consecuencia, procuraba, a través de los trabajos de campo, la forma de interpretar su base teórica. Un geógrafo carioca, fallecido hace unos pocos años, Mauricio de Almeida Abreu expresaba que “el trabajo de campo es el trabajo geográfico por excelencia” y, por mucho tiempo, ha sido parte de los estudios en la Universidad de Cuyo como en la de São Paulo. Directamente influenciadas por la Geografía Francesa, tradicionalmente refractaria a la teorización, nuestras geografías hicieron del trabajo de campo, del contacto directo con la observación, una actividad no solo fundamental para la investigación sino también para aprender. No sería exagerado afirmar que fue en el trabajo de campo –y no en las aulas- que nuestros profesores nos transmitieron la base del conocimiento, del cual estoy muy orgullosa.

Voy terminando esta parte diciendo que, a mi vuelta a Mendoza, participé, como adscripta, del curso que dictaba el Prof. Zamorano. Un día llegué a la clase y él me dijo: “me llamaron por teléfono de la Facultad de La Pampa, buscando un profesor de Geografía, yo le dije solamente puede ser Amalia Inés Geraiges. ¿Acepta?” Acepté y fui a residir en Santa Rosa desde marzo de 1968 a marzo de 1969, cuando renuncié porque ya me había casado con Nívio de Lemos, ingeniero brasileño.

En los años de 1960, Francia y otros países europeos ya estaban discutiendo nuevos conceptos teórico-metodológicos para todas las disciplinas de las Ciencias Sociales y la Geografía entre ellas, pero nosotros estábamos bajo fuertes dictaduras militares y solo tuvimos acceso a esas ideas a fines de la década de 1970.

Mi homenaje a Mariano Zamorano, maestro de mis primeros momentos en la Universidad, junto con Ricardo Capitanelli y la maravillosa Matilde Velasco -más que profesora, compañera y amiga- y a quienes constituían con ellos el Departamento y el Instituto de Geografía. En São Paulo, mis homenajes a Ary França, Aziz Ab’Saber, José Ribeiro de Araujo Filho, Maria Cecilia França, Augusto Titarelli, así como a quienes estuvieron en el Departamento y el Instituto de Geografía a mi llegada a São Paulo, pero muy especialmente a mi director de Maestría y de Tesis, Pasquale Petrone.

LA AUTORA

Amalia Inés Geraiges de Lemos Es Licenciada en Geografía (UNCuyo), Magister y Doctora en Geografía Humana (Universidad de São Paulo). Profesora titular senior en el Departamento de Geografía, FFLCH, PROLAM (Programa de Integración de América Latina), Universidad de São Paulo, Brasil. Especialista en Geografía urbana, metropolización, globalización, entre otras temáticas. Profesora invitada de diversas universidades europeas.

 amain@usp.br